

tud. La caridad es el primer efecto de la virtud cristiana; haced que la vuestra sea sin artificio, sin alternativa, sin distincion. Pensad caritativamente, hablad bien de todo el mundo, en fin sea vuestra virtud á toda prueba sin que se desmienta jamás.

SEXTO DOMINGO DESPUES DE LA EPIFANIA.

Como el dia de Pascua, que es siempre el domingo que sigue al catorce de la luna de marzo, arregla el número de los domingos desde la Epifanía hasta la Septuagésima, sucede ordinariamente que este sexto domingo se trasfiere, y es raro que haya seis domingos desde la fiesta de los Reyes, hasta la Septuagésima. En esto, sin duda, ha consistido que este sexto domingo haya estado tanto tiempo sin tener un oficio particular. Cuando se celebraba este sexto domingo, se repetía el oficio entero del domingo precedente. El papa S. Pio, quinto de este nombre, fué el que le agregó una Epístola y un Evangelio propios, con el introito y las demás partes de la misa que se han hecho comunes á todos los domingos, desde el tercero despues de la Epifanía, hasta la Septuagésima, como se ha dicho.

El introito de la misa de este dia es el mismo que el de la misa de los tres domingos precedentes, del cual se ha hablado ya. Se añade solamente aqui, que S. Pablo cita este pasaje en tercera persona: *adórenle todos los ángeles*, dice, rindan sus homenajes y adoraciones al Hijo único de Dios Padre, revestido de nuestra carne. El Hebreo añade á la significacion de ángeles, la de todas las potestades de la tierra, y principalmente los jueces y los príncipes, cualquiera que sobre la tierra ejerce alguna autoridad sobre los demás hombres, cualquiera que esté adornado con un carácter de grandeza, de independencía, de superioridad, venga á rendir homenaje al Soberano Monarca de los monarcas, al Supremo Juez de los jueces mismos; y segun el Caldeo, los ángeles, los grandes de la tierra, todos los adoradores de los ídolos, vengan á adorar al mismo Señor y solo verdadero Dios.

La Epístola de la misa está tomada del capítulo 1.º de la primera carta de S. Pablo á los Tesalonicenses. Habiéndose visto precisado el santo Apóstol á salir de Filipos, despues de haber sido allí azotado públicamente con varas, y sufrido una prision cruel por Jesucristo, vino á Tesalónica, ciudad de Macedonia, en donde los judíos tenían una sinagoga. S. Pablo fué á ella, segun su costumbre, y por tres sábados consecutivos (*Act. 11.*), les hi-

zo discursos sacados de la Escritura, declarándoles, y haciéndoles comprender, que habia sido necesario que el Cristo sufriese y que resucitase; y este Jesucristo que yo os anuncio, les decia, es el verdadero Mesías. Un gran número de judíos, y todavía mayor de gentiles, creyeron y se juntaron á Pablo y á Silas, su discípulo y compañero; mas no tardó mucho el Apóstol en verse precisado á dejar esta ciudad, por la malicia y los zelos de los judíos que le acusaron de que sublevaba al pueblo, y predicaba un nuevo rey, que era Jesucristo. De Tesalónica fué el Apóstol con Silas á Berea. Predicó allí, é hizo muchas conversiones; pero habiéndolo sabido los judíos de Tesalónica, vinieron para hacerles salir bajo los mismos falsos pretextos de que se habian valido en Tesalónica. Los fieles, pues, condujeron á S. Pablo hasta el mar, donde se embarcó para Atenas. Silas y Timoteo permanecieron en Berea, para confirmar la nueva iglesia que acababa de fundarse allí. Desde Atenas pasó S. Pablo á Corinto: se hallaba, no obstante, en grande inquietud, sobre el estado de los nuevos fieles que habia dejado en Macedonia, cuando llegaron Silas y Timoteo, y le colmaron de alegría y de consuelo, haciéndole saber la perseverancia y el fervor de los fieles de Tesalónica y de toda la provincia. Le refirieron que perseveraban constantemente en la fe y en la caridad, á pesar de lo que habian tenido que sufrir, y de las persecuciones que se suscitaban contra ellos; en términos que habian sufrido de parte de sus conciudadanos los mismos tratamientos que los fieles de la Judea habian tolerado de parte de los judíos. Le dijeron tambien que habia entre ellos algunos que se afligian mucho por la muerte de sus allegados. Habiendo recibido S. Pablo unas noticias tan consolantes de aquella naciente iglesia, escribió esta carta á los Tesalonicenses, en la que despues de haber dado gracias á Dios, les alaba, porque habiendo una vez recibido la fe, la han conservado en su pureza, y porque siguiendo el ejemplo, no solo de Pablo, sino del Señor, han llegado á ser un modelo para todos los que creen, por cuanto ellos dan á conocer á todo el mundo qué fruto ha hecho entre ellos la palabra de Dios que él les ha predicado.

Damos, les dice, continuas gracias á Dios por todos vosotros, sin olvidaros jamás en nuestras oraciones; teniendo delante de Dios nuestro Padre la memoria de lo que obra vuestra fe, de vuestros trabajos, de vuestra caridad, de vuestra firmeza en los peligros y en las persecuciones: en estas ocasiones es en donde la fe brilla en toda su fuerza; en ellas donde aparece su utilidad, y donde principalmente es necesario hacer uso de ella. Tambien

sabemos, hermanos míos amados de Dios, como habeis sido escogidos, en medio de tantos otros que quedan sepultados en las tinieblas del error, mientras que vosotros habeis sido llamados á la fe y al conocimiento de su nombre; favor por el que nunca sereis bastante agradecidos al Padre de las misericordias. A la verdad, añade el Apóstol, la virtud del Espíritu Santo y los milagros han acompañado mi predicación; pero también vosotros habeis correspondido á la gracia, y habeis hecho tan grandes progresos en los caminos de Dios, que habeis llegado á ser un modelo para todos los fieles de Macedonia y de la Acaya; y vuestra fe en Jesucristo, vuestro ánimo en los peligros, vuestra constancia en las más violentas persecuciones y en todo género de pruebas os han atraído la admiración de todas las iglesias; y lo que es más consolante para mí y para vosotros, es que vuestra virtud os ha dado tantos imitadores como admiradores. Por la cruz ha entrado Jesucristo en su gloria; por los trabajos han hecho los Apóstoles triunfar el Evangelio; y por los sufrimientos se perfeccionan los cristianos, y llegan á la felicidad que les está preparada. Ciertamente, nada contribuyó más en los primeros tiempos al progreso del Evangelio, que la vida pura, irreprehensible, edificante de los primeros fieles: nada contribuiría todavía hoy tan poderosamente á la conversión de los pecadores y de los herejes, que la pureza de las costumbres y la piedad de los cristianos de nuestros días. No se habla por todas partes más, continúa, que de las maravillas que Dios ha hecho entre vosotros por nuestro ministerio; vuestra conversión maravillosa autoriza extraordinariamente nuestra doctrina; se publica por todas partes una mutación de costumbres tan admirable, una conversión tan pasmosa, y de todo esto que se admira en vosotros se concluye, de esa inocencia que no se ha desmentido nunca, de esa modestia tan ejemplar, de esa caridad tan universal, de esa piedad, de esa hospitalidad, de esa tan benéfica cordialidad, que tanto honor hacen al cristianismo; se concluye, repito, de todo esto que una religión que hace tantos prodigios, y que es tan eficaz y tan santa, no puede menos de ser la única verdadera. Concluyamos también nosotros, que si todos los fieles viviesen hoy como cristianos, muy pronto habría bien pocos herejes é infieles.

El Evangelio de la misa de este día es la continuación de el domingo precedente, tomado del capítulo 13 de S. Mateo; donde el Salvador continuando en instruir al pueblo, les propone dos parábolas familiares, muy á propósito para suavizar los espíritus más groseros, y hacerles espirituales.

Acababa el Salvador de comparar la Iglesia á un campo fértil y cultivado en donde el enemigo de la salud durante la noche había sembrado zizaña entre el buen grano. Había también comparado su doctrina con la semilla, que no pide más cultura, después que el labrador la ha echado en tierra; ella brota, ella crece, sin que él sepa de qué manera se hace esto, ni ponga en ella la mano. Esta última parábola era muy clara, y no tenía necesidad de explicación. Se dejaba ver bastante que el buen grano designaba la buena doctrina, la cual recibida en un alma bien dispuesta, hace en ella efectos prodigiosos; pero de un modo tan dulce que apenas se percibe. Lo que había que temer era, dice el sabio de Montreuil, que los discípulos del Salvador, viéndose en pequeño número, y rodeados de enemigos, no se dejasen poseer de la tristeza y del decaimiento. Quiso, pues, por tanto fortificarles, haciéndoles ver como su Iglesia, tan pequeña en su nacimiento, crecería de tal modo algún día que llenaría toda la tierra. ¿A qué, les decía, compararé yo el reino de Dios, y de qué parábola me serviré para daros una verdadera idea de él? Figuraos por una parte un grano de mostaza, y por otra un poco de levadura. Este grano tan pequeño entré las diversas especies de granos, cuando se siembra, ó en un huerto, ó en un campo bien cultivado; este grano, dice, produce una planta que crece hasta una altura tal, que no solo cubre todas las legumbres, sino que arroja grandes ramas, y puede pasar por un grande árbol. En efecto, sus ramas son tan estendidas, tan gruesas y tan fuertes, que los pájaros cansados de volar, vienen á buscar en ellas la sombra, á reposar, y aun á hacer sus nidos. He aquí una imagen bastante natural de mi Iglesia que debe estenderse de un modo incomprendible á los sabios del mundo, y á todo entendimiento humano.

Representaos también, añade, un poco de levadura que una mujer pone en tres medidas de harina, y que esparciéndose por todas, tiene bastante virtud para hacer fermentar toda la masa. De este modo instruí el Salvador al pueblo, complaciéndose en tratar con los más sencillos, hasta familiarizarse con ellos; no diciéndoles nada que fuese superior á sus alcances; no proponiéndoles en sus parábolas sino cosas muy comunes y de un uso ordinario; y acomodándose al carácter del espíritu de todos sus oyentes, por medio de este lenguaje figurado tan común á las gentes del país. De este modo el Maestro de todos los doctores verificaba en su persona lo que en otro tiempo había predicho de él un Profeta: *hablaré en parábolas, publicaré cosas que han estado ocultas desde la creación del mundo.*

La religion cristiana, la predicacion del Evangelio, la Iglesia designada aquí bajo el nombre de reino de los cielos, es semejante, dice el Salvador, á un grano de mostaza, el mas pequeño de todas las semillas; porque esta Iglesia que no fué en su principio mas que un número pequeño de hombres sencillos y groseros, unidos á Jesucristo, se ha elevado en lo sucesivo sobre todas las falsas religiones del mundo, y esto con una rapidez tan grande, que en pocos siglos ha borrado y hecho desaparecer todas las demás religiones, á pesar del poder, la estension, y la antigüedad del paganismo. Los pájaros del aire han venido á posar sobre sus ramas; es decir, que de tal manera se ha aumentado, que los grandes del siglo, los entendimientos mas sublimes y mas distinguidos por su ciencia, no se han avergonzado de la simplicidad del Evangelio, y de la humildad de la cruz. Al parecer nada hay al principio en el corazon mas que la primera semilla de la gracia; pero seamos fieles á ella, y veremos lo que puede producir. En las obras de Dios no debe maravillarnos el ver lo débil de sus principios, es este su carácter propio.

La levadura de que habla aquí el Salvador, es la doctrina evangélica, que oculta al principio en un rincón de la Judea, estendió en seguida y ha esparcido su virtud por toda la tierra; es la gracia en un corazon que la conserva en secreto, y que le da tiempo para obrar su mutacion. Esta gracia es la que debe derramarse, y comunicarse secretamente en todas nuestras acciones para hacerlas meritorias. Esta levadura es la que hace fermentar la masa; sin la gracia todas nuestras acciones son insípidas, y no son agradables delante de Dios. ¡Dichosos los cristianos, porque han aprendido estas verdades sublimes, y estas maximas admirables, que tantos siglos habian ignorado! pero desgraciados tambien aquellos cristianos á quienes este conocimiento no hace mejores, y que por consiguiente hace mas criminales. El Señor no nos habla ya por figuras y parábolas; el Espíritu Santo ha hecho á los fieles capaces de estas verdades tan sublimes; la fe ha disipado aquellas tinieblas tan espesas que impedian á los hombres el ver la verdad. Pero ¡qué desgracia mas temible, que el ver la verdad, y no seguirla! ¡qué desgracia el conocer el bien que se debe hacer, y no practicarlo!

El grano de mostaza se hace árbol. Ninguna cosa era mas conocida de las gentes del país que esta comparacion. En los países cálidos, y en los terrenos fértiles, las plantas llegan á una altura mucho mayor que lo que se ve en nuestros climas. Se lee

en el Talmud de Jerusalem y de Babilonia, esto es, en las dos colecciones de las tradiciones judaicas que se hicieron la una en Jerusalem y la otra en Babilonia, que un judío llamado Simon tenia un vástago de mostaza que llegó á ser tan alto y tan fuerte, que un hombre hubiera podido subir encima sin romperle. Se refiere tambien allí que otro pié de mostaza tenia tres ramas, de las cuales la una servia de sombra á algunos oleros que trabajaban debajo en el estío, para guarecerse de los ardores del sol.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Praesta, quæsumus, omnipotens Deus: ut semper rationabilia meditantés, quæ tibi sunt placita, et dictis exequamur, et factis. Per Dominum nostrum....

Concedednos, os rogamos, Dios omnipotente, que nuestro entendimiento esté siempre de tal modo ocupado con pensamientos santos y razonables, que todas nuestras palabras y acciones no se dirijan mas que á agradaros, y seguir en todo vuestra soberana voluntad. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es tomada de la primera carta de S. Pablo á los Tesalonicenses, cap. 1.

Fratres, gratias agimus Deo semper pro omnibus vobis, memoriam vestri facientes in orationibus nostris sine intermissione, memores operis fidei vestrae, et laboris, et charitatis, et sustententiae spei Domini nostri Jesu Christi, ante Deum et Patrem nostrum: scientes fratres dilecti à Deo, electionem vestram: quia Evangelium nostrum non fuit ad vos in sermone tantum, sed in virtute, et in Spiritu Sancto, et in plenitudine multa, sicut scitis quales fuerimus in vobis propter vos. Et vos imitatores nostri facti

Hermanos míos, damos continuas gracias á Dios por todos vosotros, sin olvidaros jamás en nuestras oraciones. Conservando delante de Dios y Padre nuestro la memoria de lo que obra vuestra fe, de vuestros trabajos, de vuestra caridad, y de la constancia con que esperais en Jesucristo nuestro Señor. No dudamos, hermanos míos muy amados de Dios, que habeis sido elegidos; porque cuando os hemos predicado el Evangelio, no ha sido solamente con palabras, sino tambien con milagros, con la operacion

estis et Domini, excipientes verbum in tribulatione multa, cum gaudio Spiritus Sancti: ita ut facti sitis forma omnibus credentibus in Macedonia, et in Achaja. A vobis enim difamatus est sermo Domini, non solum in Macedonia et in Achaja, sed in omni loco fides vestra, quæ est ad Deum, profecta est, ita ut non sit nobis necesse quidquam loqui. Ipsi enim de nobis annuntiant qualem introitum habuerimus ad vos: et quomodo conversi estis ad Deum à simulacris, servire Deo vivo et vero, et expectare Filium ejus de cælis (quem suscitavit ex mortuis) Jesum, qui eripuit nos ab ira ventura.

«La carta de S. Pablo á los Tesalonicenses, es la primera de todas las que el Apóstol ha escrito á las iglesias. El año de 52 ó 53 de Jesucristo era cuando escribía desde Corinto, donde estaba despues de haberle venido á decir Timoteo y Silas la constancia y el fervor en que perseveraban en la fe los fieles de Tesalónica.»

REFLEXIONES.

Habéis llegado á ser un modelo para todos los fieles de la Macedonia y de la Acaya. Nosotros hemos recibido las mismas ins-

del Espíritu Santo, y con un bueno y completo resultado, habiendo observado entre vosotros, y por consideracion á vosotros, la conducta que sabeis. Tambien vosotros por vuestra parte habeis seguido nuestro ejemplo y el del Señor, recibiendo la palabra con la alegría del Espíritu Santo, aun en medio de diversas tribulaciones, de manera que habeis llegado á ser un modelo para todos los fieles de la Macedonia y de la Acaya. En efecto, no solo en la Macedonia y en la Acaya habeis dilatado la palabra del Señor, sino que por todas partes se ha dado á conocer vuestra fe en Dios, de modo que no nos ha quedado nada que hacer; porque estas gentes publican ya como nos hemos introducido con vosotros, y como vosotros os habeis convertido á Dios, dejando los ídolos para servir al Dios vivo y verdadero, y para esperar á su Hijo que ha resucitado cuando venga del cielo, á este Jesus que nos ha librado de la ira que nos amenazaba.

trucciones, las mismas lecciones que los de Tesalónica, recibiendo la misma fe. Nosotros no tenemos otro Evangelio: ¿y puede decirse de nosotros lo que S. Pablo decia de aquellos, que hemos seguido su ejemplo y el del Señor, y que hemos llegado á ser un modelo para todos los fieles? ¿Honramos nuestra religion por la pureza de nuestras costumbres, por la rectitud de nuestros sentimientos, por la regularidad de nuestra conducta? La vida santa, edificante, irreprochable de los primeros fieles, hacia cuasi tantas conversiones como el zelo de los que predicaban la fe. Aquella mutacion improvisa de costumbres, de inclinaciones, de máximas, presentaba siempre algo de maravilloso; los espiritus quedaban sorprendidos á su vista: una modestia constante, una dulzura inalterable, una mortificacion de los sentidos generosa, una paciencia á toda prueba, una caridad sin límites, un desinterés universal, una práctica continua de los consejos mas perfectos y de las mas religiosas máximas del Evangelio; todo esto ingerido, por decirlo así, en una naturaleza corrompida, sobre unas inclinaciones viciosas, en un corazon avezado á la disolucion y á los excesos mas espantosos, no podia menos de mirarse como un fruto prodigioso. Gentes nacidas en el paganismo, alimentadas con sus supersticiones, todas las mas conformes á la corrupcion de la naturaleza, endurecidas en el vicio, fortificadas en el error por sus preocupaciones, alentadas por un largo hábito para toda suerte de crímenes, convertirse en un momento en modelos de la mas pura, la mas perfecta, y la mas heroica virtud, solo la religion cristiana es la que puede hacer este milagro. Ella le ha hecho: ¿y de donde viene que no continua en nosotros estas maravillas? Nosotros pertenecemos á la misma religion, tenemos la misma fe, su virtud no puede envejecer; tenemos aun sobre los primeros cristianos la ventaja de sus buenos ejemplos: ¿somos, pues, tales que podamos ser propuestos como modelos? La doctrina cristiana que hacemos profesion de creer y de seguir no ha degenerado de su primer espíritu. Somos, pues, nosotros los que degeneramos de aquellos que el Apóstol, la Iglesia, Jesucristo mismo nos propone por modelos. Nosotros tenemos la dicha de haber nacido en la Iglesia, de haber mamado la religion cristiana, por decirlo así, con la leche; ¿y cuantos cristianos desacreditan hoy el cristianismo por la irregularidad de su conducta y la corrupcion de sus costumbres? ¿Cuantos se hallarán entre la multitud de cristianos del dia, que se puedan proponer por modelos? ¿Qué de gentes de toda edad, de todo sexo, de toda condicion, que no tienen de cristianos cuasi mas que el bautismo? Un espíritu de ambicion,

de interés, de vanidad, sofoca cuasi todo el espíritu de religion; las pasiones reinan con imperio en los corazones que se abandonan al placer: ¿y Jesucristo reina en el corazón de todos los fieles? ¡O Dios mio! ¡qué pequeño debe ser el número de los elegidos!

El Evangelio es de S. Mateo, cap. 13.

In illo tempore: Dixit Jesus turbis parabolam hanc: Simile est regnum cælorum grano sinapis, quod accipiens homo, seminavit in agro suo: quod minimum quidem est omnibus seminibus: cum autem creverit, majus est omnibus oleribus, et fit arbor, ita ut volucres cæli veniant, et habitent in ramis ejus. Aliam parabolam locutus est eis: Simile est regnum cælorum fermento, quod acceptum mulier abscondit in farinæ satis tribus, donec fermentatum est totum. Hæc omnia locutus est Jesus in parabolis ad turbas: et sine parabolis non loquebatur eis: ut impleretur quod dictum erat per Prophetam dicentem: Aperiam in parabolis os meum, eructabo abscondita à constitutione mundi.

MEDITACION.

Sobre el pensamiento de la muerte.

PUNTO PRIMERO. — Considera que no hay cosa mas á propósito para desprendernos de los bienes y de los placeres de esta vida que la meditacion de la muerte. Puede decirse que el pensamiento de la muerte hace poco mas ó menos el mismo efecto

sobre el corazón y sobre el espíritu, que la misma muerte. El quita la máscara al mundo, descubre todós los falsos resplandores que deslumbran, deja percibir el vacío de todo lo que llama la atención, da á conocer el veneno de todo lo que encanta, hace sentir la amargura de todo lo que se llama placer. Entre otros muchos y grandes frutos que se pueden sacar de la meditacion de la muerte, uno de los principales es el pensar que cuando uno está á punto de morir, viene la sabiduría, por decirlo así, de todos los extremos del mundo á la cabecera de un moribundo; es decir, que cuantas criaturas hay en el universo le predicán entonces la verdad pura, sin velo, sin disfraz, y le hacen ver sin nieblas, y conocer sin confusion, que nada hay en esta vida mas digno de un hombre no solamente cristiano, sino racional, que amar á Dios, servirle, y agradecerle; que todo lo demás no es otra cosa que vanidad y locura; y puede decirse que todas las criaturas vienen á descubrirle su nada y su indigencia, y á decirle todas que la mas insigne de todas las extravagancias es el apegarse durante la vida á otras cosas que á Dios solo. En esto conviene el sentido comun de los buenos y de los malos. Todo conviene entonces que nada puede contentar nuestro corazón mas que Dios solo; que no hay verdadera paz, verdadera dulzura, verdadero placer, verdadera sabiduría, verdadero mérito, mas que en el servicio de Dios. La muerte hace caer el velo á todos los objetos criados, y destruye su prestigio. ¡Qué bello punto de vista es el lecho de la muerte! Desde allí se ve que el nacimiento mas illustre, el puesto mas elevado, la dignidad mas brillante, los placeres mas tentadores, los tesoros mas ricos, y la prosperidad mas seductora, nada tienen de sólido, nada de estable, nada de satisfactorio; nombres grandes, brillo superficial, opinion popular, idea arbitraria de una felicidad imaginaria; he aquí lo que hay de real en todo lo que encanta durante la vida: en la muerte disipándose las nieblas, presentándose todas las criaturas sin máscara y sin disfraz, quedando libres la razon y la religion, los mas libertinos y los mas impíos piensan como los mas justos; pero ¡qué efectos tan contrarios producen sus conocimientos! Estos llenos de reconocimiento á la bondad divina, poseidos de una dulce confianza en su misericordia, están contentos por haber llevado una vida cristiana, sienten una alegría la mas pura por no haberse dejado deslumbrar de tantas brillantes apariencias, mientras que aquéllos, reconociendo su estraña locura, se entregan á la rabia y á la desesperacion, por haberse engañado tan groseramente, y haber errado el camino.

PUNTO SEGUNDO. — Considera que en la muerte todos tienen espíritu cristiano; el mismo efecto hace el pensamiento continuo de la muerte, con esta diferencia, que el corazón se penetra de él cuando uno se acerca con frecuencia á estas grandes verdades durante la vida. No solamente el moribundo es el que piensa de un modo tan justo, los que le sobreviven razonan también con sabiduría. Todos creen que el que muere no merece estima, ni alabanzas, sino por las buenas obras que ha hecho, y por la vida cristiana que ha llevado. ¿Se atrevería nadie para consolar á un padre en la muerte de su hijo, á una viuda en la muerte de su esposo, á un hijo en la muerte de su padre, se atrevería nadie á decirles que debían consolarse en la pérdida de aquel por quien lloraban, porque había nacido grande, rico, poderoso; porque había sido un hombre de talento, que había hecho una bella figura en el mundo? ¿Se atrevería ninguno á ofrecer como motivo de consuelo su habilidad y su continuación en el juego y en los espectáculos; sus placeres, sus diversiones, su mundanidad, su lujo, su alta fortuna? ¿No se diría que el tal hombre había perdido el juicio si se proponía tales motivos para el consuelo? Esto es todo lo que se alaba, todo lo que se estima durante la vida; lo que se busca para consolarse en su muerte, es si ha sido virtuoso, temeroso de Dios; si ha llevado una vida cristiana y ejemplar. Se acuerda entonces su dulzura, su modestia, su caridad, su devoción, su fe viva. Se les dice á aquella mujer, á aquellos hijos: consolaos, porque vuestro marido; vuestro padre, ha vivido como buen cristiano, y ha muerto como verdadero predestinado; se trae á la memoria todo lo que ha dicho, todo lo que ha hecho de edificante, que ha recibido los últimos sacramentos con una piedad ejemplar. En la muerte de aquella persona religiosa no se habla mas que de su fervor, de su humildad, de su mortificación, de su exacta regularidad, de su obediencia. Su espíritu, su saber, sus raros talentos, no entran en su elogio, por decirlo así, mas que como accidentes. Así es como se habla de un moribundo, esto es lo que se estima en la muerte; todo lo demás pasa por diversion, juego de niños, locura. ¿Y por qué, Señor, no hemos de pensar del mismo modo durante la vida?

Haced, ó Dios mio, por vuestra gracia que yo no piense de otra manera. Yo estoy resuelto á meditar tan de continuo esta verdad tan importante, que ya no juzgue de nada, durante la vida, sino como debo juzgar en la hora de la muerte.

JACULATORIAS. — Acordaos de vuestro último fin; y no pecareis jamás. (*Eccli.* 7.)

Yo sé, Dios-mío, que en la hora de la muerte todo aparecerá tal como es. (*Eccli.* 11.)

PROPOSITOS.

1 Es ciertamente una estrema imprudencia el aficionarse durante la vida á lo que en la muerte debe ser causa de sentimiento; y por el contrario, la verdadera sabiduría consiste en reglar uno su vida por el juicio que se hace de las cosas cuando está á punto de morir, y conceder su estima, su afección, su tiempo y su aplicación á lo que puede servir de consuelo al alma en el paso formidable de este mundo al otro. Esta verdad bien meditada desengaña el ánimo de todos los embustes que le seducen, desprende el corazón de todas las aficiones que le cautivan, no se piensa mas que en adquirirse un fondo sólido para la eternidad, se adhiere uno solamente á Dios, y todo lo pasajero lo mira con desprecio. Este es el fruto, como necesario de la frecuente meditación de la muerte. Medítadla muchas veces y preguntaos á vosotros mismos, lo que pensaréis en la muerte de todo lo que ahora deslumbra, de todo lo que lisonjea mientras se vive. Cuando deseáis alguna cosa con ansia, cuando se trate de emprender algo, juzgad de ello por lo que os parecerá en la hora de la muerte. Mirad todas las cosas molestas ó agradables como lo haréis entonces á la luz de la eternidad. No hay práctica de piedad que sea mas útil ni mas eficaz.

2 No paseis ningún mes sin meditar una verdad tan interesante. Es muy importante el hacer esta meditación todas las semanas, y aun el pensar en ello muchas veces cada día. Pero sobre todo, en donde el pensamiento de la muerte puede proporcionar armas para vencer, es en los combates que hay que sostener, y para las victorias que deben conseguirse sobre las pasiones. Nada hay mas á propósito para endulzar los ejercicios penosos de la mortificación, y para aumentar el ánimo y encender nuestro zelo. La meditación frecuente de la muerte es el contraveneno de los placeres de esta vida, y un remedio eficaz contra la tibieza.

DOMINGO DE SEPTUAGÉSIMA.

SE llama domingo de Septuagésima el primero de los tres que preceden al primer domingo de Cuaresma, en cuyo tiempo comenzaba ésta en lo antiguo, y en el cual principia la Iglesia á